

36: Calle de Colores - La Carrera Perfecta

—¿Cuándo llega el sonido?— Preguntó Lanka a Ryan por tercera vez, apoyando un codo en el altavoz.

—Cuando encuentres otro cerebro— contestó Ryan, manipulando el dispositivo. Algunos ya ocupaban la pista de baile, pero el equipo de la casa no podía sostener una verdadera fiesta rave. En serio, Ki-jung debería dejar de comprar productos Dynamis para el hogar. Apenas eran un poco mejores que las importaciones chinas de antes de las Guerras.

En realidad, ¿comprar los productos del enemigo podía considerarse una colaboración?

—Deja de distraerlo— le advirtió Narcinia a Lanka, defendiendo a Ryan con tanta pasión que pensó en convertirla en su aliada. El Genoma Verde andaba cultivando extraños hongos fosforescentes en el suelo. Ella había prometido que ayudarían con la fiesta rave, y la mensajera la dejó imaginar sin límites.

Quicksave observó a Mathias, quien conversaba con Fortuna y otros miembros de los Siete Asesinos. Habían pasado media hora desde su charla, y la casa ahora rebosaba de invitados.

—¿Entonces, eres adoptada?— Preguntó Ryan con franqueza a Narcinia. —¿Alguna vez supiste quiénes eran tus padres biológicos?

—¡Ryan!— le reprendió Lanka.

—Eran saqueadores— respondió Narcinia casi con indiferencia. —El padre Torque decía que eran asesinos y violadores, y que Augustus los castigó porque era justicia divina.

Ryan creyó ver cómo la pantalla de la televisión pareció a punto de agrietarse durante un breve instante. Miró a Mathias, cuya sonrisa contrastaba con la frialdad en sus ojos.

—Perdón— dijo Lanka, fulminando al mensajero con la mirada. Por suerte, el corte de energía fue lo suficientemente sutil para que ella no lo notara. —La bocona no tiene tacto en absoluto.

—¡Está bien!— respondió Narcinia con una dulce sonrisa. —Mi verdadera familia es aquella que me crió. Mi mamá y mi papá son increíbles, y mis hermanos aún más.

—Yo también fui adoptado, pero fue horrible— confesó Ryan con un encogimiento de hombros.

—Bueno, en parte.

—¿En serio?— La curiosidad de Narcinia se despertó, mientras Lanka escuchaba en silencio.

—Mis padres murieron cuando unos bandidos arrasaron nuestra comunidad para robarnos nuestras provisiones— explicó Ryan. La historia era tan vieja que había perdido casi toda su carga emocional. —Tenía... ¿once? ¿Tal vez doce años? ¡Y salí adelante!

—Ryan— la voz de Lanka se tornó sin ninguna alegría. —¿Estos bandidos...?

Ryan miró el tatuaje de la serpiente en su brazo, símbolo de su antigua banda. —No estuviste entre ellos y todos están muertos— respondió con indiferencia. —Ya superé eso.

Lanka quedó en silencio, con una expresión pensativa, mientras Narcinia los miraba confundida. Por fortuna, un recién llegado los interrumpió antes de que el ambiente se volviese aún más incómodo.

Ryan casi no reconoció a Vulcan a simple vista, porque la Genius se había arreglado; había cambiado su ropa habitual por un top negro y pantalones, dejando que su cabellera cayera sobre sus hombros. Aunque no era una belleza impactante, la Capo de los Augusti lucía muy bien.

Realmente tenía una predilección por Geniuses más bajos que ella.

—Ceres, Sphere— dijo Vulcan con una sonrisa al ver a Ryan. —Ryan.

—¡Hola, mi mercader de armas favorito!— exclamó Ryan, levantando un destornillador. —Tu llegada es justo lo que necesitaba.

—Siempre— contestó ella, colocando una mano en su cintura. —Dímelo tú, que sabes todo.

—¿Tienes algo para potenciar el sonido?— preguntó Ryan. —Estoy intentando improvisar con los altavoces, pero necesito más energía.

—Ahora sí hablas en mi idioma— dijo Vulcan, rebuscando en su bolsillo y lanzándole una especie de batería del tamaño de un ratón. —Es un mini generador.

“¿Por qué llevas eso en el bolsillo?” preguntó Lanka, levantando una ceja.

—Porque mi teléfono tiene menos autonomía que un perezoso —respondió el Genio con un encogimiento de hombros—, antes de coger una lata de cerveza de la reserva personal de Lanka—. Ha sido un día agotador.

—¿Mataste al Meta? —preguntó Narcinia antes de que Ryan pudiera hacerlo.

—Casi, pero Dynamis llegó primero que yo. ¡Malditos ladrones de matanzas! —exclamó.

—¿Qué, intentaron sobornarlos? —soltó Lanka entre risas.

—Con balas y láseres —contestó Vulcan—. Enviaron tres escuadrones blindados, además de figuras pesadas como Devilry y esa bruja Wyvern. Esas aves de carroña atacaron al Meta en cuanto vieron y abrieron fuego al instante.

¿Había algún veneno en su alianza? —Supongo que era hora de limpiar los cabos sueltos—. dijo Ryan.

—Adam no parecía sorprendido. Sacrificó a unos cuantos, pero logró escapar en una maldita submarina.

—¿Una submarina? —preguntó inmediatamente Narcinia, incapaz de resistir la tentación de las aventuras submarinas.

—Sí, una maldita submarina con el emblema de Mechron.

El temido nombre del Genio cortó al instante el ambiente lúdico. Lanka jugó con su humo, frunciendo el ceño. —Bueno, eso no suena muy bien.

—Tengo la sensación de que la situación es más compleja de lo que parece —dijo Vulcan, tomando un sorbo de su cerveza y mirando a Ryan—. Llamé a la Underdiver para que investigara, ya que es especialista en cacerías submarinas.

La idea de llamar a Len cruzó por la mente de Ryan, pero se mostró cauteloso a involucrarla ahora. Probablemente estaba ocupada con los huérfanos, no había necesidad de añadirle más presión sobre sus hombros.

De todos modos, gracias al gadget de Vulcan, completó su diseño y amplificó el sonido, transformando el modesto altavoz en un arma de destrucción masiva. Como si respondiera a su éxito, los hongos de Narcinia liberaron una leve neblina de colores en la pista de baile, capturando instantáneamente la atención de todos.

Cambiando su destornillador por su bebida, Ryan aclaró su garganta.

—¡Chicos y chicas! —gritó el mensajero levantando su vaso—. ¡Con gran poder, viene CERO RESPONSABILIDAD!

Las voces de aprobación respondieron a su declaración, mientras Lanka creaba múltiples esferas de colores sobre la pista de baile, una por cada tipo de elixir. Flotaban cerca del techo y vibraban con energía, reduciéndose lentamente mientras proporcionaban un espectáculo de luces.

—¿Cuánto duran? —preguntó Vulcan a Lanka, mientras más personas empezaban a tomar el control de la pista al ritmo de una pegajosa canción synthwave.

—Alrededor de una hora si nadie las toca —respondió Lanka, y luego se volvió hacia Narcinia—. Buen truco con los hongos. ¿Qué haces exactamente?

—Trabajo en la isla de Ischia —contestó la adolescente—. Ayudo al Padre Torque a abrir el camino al cielo.

—¿A ese tipo de cielo? —preguntó Ryan, mostrando interés de inmediato—. ¿Eres un ángel?

La sonrisa de Narcinia se debilitó un poco. —Lo siento, Ryan, no puedo decir nada al respecto.

—Solo digo que siempre he querido vender drogas para vivir —declaró Ryan, haciendo un gesto con el puño—. Crear un cartel sudamericano siempre ha sido mi sueño. Si necesitas un mago de las drogas, conozco todas las buenas recetas. Metanfetaminas, cocaína, heroína, opio, no importa, solo dame un camión y empezaré a cocinar.

—¿Sabes cómo hacer drogas? —preguntó Lanka mientras terminaba su sexto cigarrillo de marihuana—. Bueno, es bueno saberlo.

Pues Ryan había pasado... ¿veinte años? Al menos veinte, probando todas las sustancias adictivas del planeta, excepto los Elixires, y cuando se terminó, aprendió a crear su propio suministro. Su etapa en el cartel de drogas fue bastante divertida, aunque la última sobredosis fue un fastidio.

—Lamento que tengas que abandonar ese sueño infantil, Ryan— Díaz Vulcan, con una osadía que no podía contener, le puso un brazo sobre el hombro. —Tienes un contrato exclusivo de trabajo conmigo.

—¿No podemos llegar a un acuerdo por una relación abierta?— respondió Ryan, mientras tomaba descaradamente su cintura. Lanka lo miró como si esperara que el mensajero perdiera ese brazo muy pronto.

—No encuentro a nadie que sea ni la mitad de bueno que tú— replicó Vulcan sin apartar su mano. —Así que será hasta que la muerte nos separe.

—¿Estás hablando de trabajo o de otra cosa?— bromeó Lanka.

—Podría venir a visitarlo— dijo Narcinia, claramente ansiosa de volver a encontrarse con Ryan. —El padre Torque dice que el equipo necesita una actualización. Especialmente las defensas.

—Bacchus no sabe una mier**da de tecnología— respondió Vulcan, su diversión transformándose en frustración. —Además, tienes un maldito fantasma vigilando tu isla preciosa.

—El señor Geist dice que no puede estar en todos lados a la vez y que podría ascender al Cielo en cualquier momento.

—¿Podrías, por favor?— le pidió Ryan a Vulcan, imitando la dulce mirada de un gatito.

—No empieces— rodó los ojos Vulcan, antes de mirar hacia la pista de baile. —¿Sabes bailar?

—Si digo que soy increíble, entonces estoy siendo modesto.

—Vamos a poner esa soberbia a prueba, ¿te parece?

Dejaron las bebidas a un lado y se unieron a otras parejas en la pista de baile. Enseguida quedó claro que Vulcan no tenía mucha experiencia, pero Ryan había perfeccionado todos los bailes posibles, así que los guió sin problemas. Mathias también bailaba con Fortuna, y la manipuladora de cristales parecía disfrutar más de lo que le gustaría admitir.

—¿Hay algo en lo que no seas buena?— preguntó Vulcan a Ryan. Él podía sentir su sudor en los dedos, su respiración acelerada.

—Patinaje sobre hielo— contestó Vulcan entre risas, y Ryan pudo haber sonreído, si no hubiera sido por la desagradable sensación de alguien observándolo desde la distancia. Una mirada rápida le mostró quién era.

Livia lo observaba desde el bar, primero con sorpresa, después con confusión. Empezó a hacer preguntas a una joven llamada Sparrow, y aunque Ryan podía leer los labios, la iluminación no ayudaba a entender nada.

De todos modos, ella sí captó la atención de la misteriosa mujer. Seguramente era su carismática personalidad.

—¡Que te den!—

Ryan y Vulcan interrumpieron su baile desenfrenado al escuchar la voz de Jamie cortando el ruido. El espadachín había sujetado de la camisa a un manipulador de fuego que Ryan había visto antes en la fiesta, y parecía dispuesto a acabar con él. El invitado sostenía un inhalador roto, lleno de un líquido azulado, casi fosforescente.

Parecía que un pe*do ignoró las reglas de Jamie y llevó Bliss a la fiesta. Y Ki-jung...

Chitter miró el narcótico con la cara pálida, temblando. Parecía paralizada, incapaz de decir palabra; una exadicta enfrentada a su veneno personal.

El Bliss podía consumir en forma líquida o gaseosa, y era lo suficientemente potente como para afectar a los Genomas. Además, era tremendamente adictivo, como Ryan podía atestiguar personalmente. Nunca lograba terminar una misión tras probarlo, y aunque solo conocía una forma de curar la adicción, era dolorosamente horrible.

Sin mencionar los efectos secundarios escondidos y a largo plazo...

El idiota intentó protestar, incluso con Jamie con rostro de furia mortal. La visión no era nada bonita, ya que el hombre de las armas parecía un oso gigante, y a pesar de no haber manifestado armas láser en las manos, la expresión de furia negra en su rostro dejaba claro que apenas contenía su ira. El contraste con su habitual amabilidad era aún más impactante.

De hecho, Ryan solo había visto a alguien tan enfadado en contadas ocasiones, y siempre era cuando Luigi había descubierto sus infiltraciones en algunos bucles.

—Pero—

—¡Lárgate!— gruñó Jamie, antes de arrojar los Genomas hacia atrás, su tono volviéndose venenoso. —Nunca vuelvas a molestar.

El invitado miró a su alrededor, rodeado de miradas severas de los demás asistentes, y se dirigió hacia la puerta con el rostro apocado y su inhalador en mano. —¿Todo bien?— preguntó Jamie de inmediato a su novia, suavizando su rostro aterrorizado en uno amable.

—Sí— dijo Ki-jung, aunque claramente no lo sentía así. —Todo está bien. Todo está bien.—

Jamie rodeó su cintura con las manos en un gesto protector y luego se volvió hacia Ryan cuando él y Vulcano se acercaron a la pareja. —Perdón por el desastre—, se disculpó Zanbato.

—Tu casa, tus reglas—, respondió Vulcano, mirando hacia la entrada de la vivienda. —Yo me encargaré de esa idiota, Zanbato. Tienes mi palabra en ello.—

—Gracias—. Jamie miró a su novia preocupada y luego volvió a dirigir la vista a Ryan. —Creo que nos retiraremos temprano. ¿Puedes tú y Lanka encargarse de los invitados en nuestra ausencia?—

—Por supuesto—, dijo el mensajero.

—¿Puedo confiar en que no hagas nada estúpido?— preguntó Jamie, levantando una ceja.

—Juro que no prenderé fuego a esta casa—.

—Por eso es una petición inusualmente específica—, observó, aunque en su mente había asuntos más apremiantes. —No quemes la casa—.

Ryan levantó el pulgar con una mano y cruzó los dedos tras la espalda con la otra. Jamie y Ki-jung subieron las escaleras, dejando el piso y la sala principal a los invitados. —No sabía que Chitter era un adicto en recuperación—, comentó Vulcano, sorprendiendo con su perspicacia. —Me alegra no haber probado esa basura.—

—No pongas en riesgo lo que tienes—, replicó Ryan.

—¿Cara de colgado?— Ella sonrió, burlándose de su rostro de sorpresa. —También veo películas. Quizá algún día te muestre unas cuantas.—

Sparrow se acercó antes de que pudieran regresar a la pista de baile. —Guardado rápido—. La guardaespaldas aclaró la garganta. —La señorita Livia desea hablar contigo.—

—¿De qué?— preguntó Vulcano, su tono cambiando de coqueteo a seriedad.

—No lo sé—, respondió Sparrow. —Pero puedes venir si quieres.—

Ryan y Vulcano intercambiaron una mirada; aunque claramente la genio no estaba contenta, parecía dispuesta a no negar la petición. Livia claramente tenía influencia en la organización, o al menos su padre.

Livia los esperaba en el mostrador, jugueteando con un cóctel. Greta y el Vampo formaron un cordón de seguridad a su alrededor, brindándole un espacio seguro entre la multitud. Sus ojos permanecían fijos en Ryan, con una mezcla de curiosidad e interés.

—¿Estás ahí?— preguntó Livia a Ryan, con una voz que transmitía confianza en silencio.

—Quizá, quizá no—, respondió Ryan. —¿Podemos estar realmente seguros de que existimos?—

—¿Es decir, estás físicamente allí, o solo eres una alucinación?—

—Bueno, las verdaderas alucinaciones no preguntan si son reales—, dijo Ryan. —Así es como las distingo.—

Livia se rió en respuesta, pero la cara de Vulcano permaneció como una máscara inexpresiva mientras hacía una pregunta propia. —¿No deberías saberlo ya, princesa?—

—Lo sabría, si mi poder funcionara con él—, respondió Livia. Ella parecía extrañamente satisfecha por ello. —Pero no. Hasta donde alcanza a saber, el hombre frente a mí no existe.—

Vulcano frunció el ceño. —¿Quieres decir que no puedes verlo en ningún universo alternativo?—

¿Eh?

—No, eso debería ser imposible—, continuó Livia, observando a Ryan con claro interés. —Mi nombre es Livia Augusti o Minerva. ¿Eres un Azul? ¿Quizá un Blanco?—

—No, no soy un duende. Estoy más cerca del color magenta.

—¿Un violeta? Ah, entonces debes ser Quicksave. Mi tía habló de ti.

—¿Sabes que soy inmortal? —preguntó Ryan, contento de haberse hecho famoso. —No se lo dije a nadie antes.

—Estoy seguro de ello —contestó ella con una sonrisa radiante que hizo que Ryan se sintiera extrañamente incómodo.

¿Livia Augusti? ¿La del núcleo familiar? Ella era sobrina de Plutón, y Lanka había dicho que debería temer a su padre...

El corazón de Ryan dio un vuelco. —¿Quién es tu papá? —preguntó para confirmar.

La sonrisa de la joven se ensanchó y miró por las ventanas, hacia la Montaña Augustus más allá de ellas.

...

Maldita sea, ¡Augusto puede reproducirse!

—Puedo ver e interactuar con realidades alternativas —explicó Livia—. No te daré todos los detalles aburridos, pero puedo observar las diferentes maneras en que puede desarrollarse una situación; incluso la de un ser humano. Pero, por alguna razón, mi poder simplemente no me permite tenerla en cuenta.

Si ese era el caso, no era de extrañar que ella pareciera tan aburrida antes. Si esa princesa de la mafia podía observar varias realidades, probablemente sabía cómo terminaría la fiesta antes de que comenzara.

Hasta que Ryan mismo entró en escena. —Interesante —comunicó, anotando esa información para más tarde.

—Dijiste que te superpones con tus versiones alternativas —le dijo Vulcano a su compañera de baile—. Quizá por eso. Tus poderes se interfieren entre sí.

Bueno, salvo que mintió en esa parte y Ryan no pudo contarles su propia teoría sin revelar su farol.

—No puedo contener mi curiosidad —admitió Livia—. Incluso Greta solo me impide ver algo cuando usa su poder sobre mí, pero si no, puedo verla perfectamente. Esta situación es realmente inédita para mí.

—El naranja está en la gallina del corral.

Tanto Vulcano como Livia fruncieron el ceño hacia Ryan. —¿Perdón? —preguntó la princesa de la mafia.

—Si recuerdas esa frase, significa que todo está bien —dijo Ryan mientras tomaba una bebida del mostrador.

—Entonces me aseguraré de recordarla —respondió Livia con diversión. Cuanto más hablaban, más encantada parecía. —Me interesaría estudiar cómo interactúan nuestros poderes, si no te importa. Todavía estoy descubriendo mis límites.

—¿Qué te parece una apuesta?

Livia apoyó una mano en su mejilla, considerando la propuesta del mensajero. —¿Una apuesta?

—Se me ocurrió algo para ponerle fin a la fiesta —levantó un dedo con el cóctel en la mano—. Algo tan audaz, tan arriesgado, tan loco, que te prometo que nunca lo habrás visto en ningún universo alterno. Algo que sacará a Wyvern de sus casillas.

Livia levantó una ceja divertida, mientras Vulcano parecía listo para aceptar el reto. —Estoy atento —dijo la princesa de la mafia.

Ryan sonrió con cierta suficiencia.

Dos horas después, Ryan se escondía tras un escritorio en el vigésimo piso de la sede de Dynamis, protegido por láseres. Llevaba un nuevo traje púrpura, mientras un Vulcano blindado combatía a tiros con la seguridad privada.

—Romano —apuntó Enrique Manada con un arma hacia el mensajero, mientras enredaderas furiosas se movían para rodearlo—. ¡Suelta ese traje de cachemira!

—Las cosas que uno hace por su vestuario...

Revision #1

Created 1 April 2026 10:49:37 by Robert White Mar

Updated 1 April 2026 10:49:41 by Robert White Mar